

MISCELÁNEA

¿HISPANISMO DE SENECA?

A PROPOSITO DE UN LIBRO SOBRE EL TEMA

Para hacer afirmaciones sobre el posible hispanismo de Séneca o mejor sobre lo hispano en Séneca, sería preciso definir primero el alcance de esas palabras « hispano », « español ». ¿Qué es lo fundamental español? ¿Qué es España?

Pero situar a España en la geografía espiritual ha constituido siempre un problema. Para nativos y extranjeros. ¿A qué suelo se aferra la raíz esencial de España? ¿Oriente? ¿Occidente? ¿Europa? ¿Africa? ¿Mundo germánico o mundo mediterráneo? Toda posibilidad ha sido afirmada con entusiasmo y negada con pasión. Se ha dicho que Europa termina en los Pirineos y que en los Pirineos comienza Africa. « España es un Africa »; dice M. Barrés. « Vuelvo a mí mismo al cabo de los años — dice Unamuno — después de haber peregrinado por diversos campos de la moderna cultura europea y me pregunto a solas con mi conciencia : « Soy europeo? ¿ Soy moderno? ». Y mi conciencia me responde : « No ; no eres europeo, eso que se llama ser europeo ; no ; no eres moderno, eso que se llama ser moderno ». Y vuelvo a preguntarme : « Y eso de no sentirte ni europeo ni moderno ¿arranca acaso de ser tú español? ¿Somos los españoles en el fondo irreductibles a la europeización ...? »¹. « La humorada francesa con arreglo a la cual Africa empieza en los Pirineos, es verdadera hasta más no poder », afirma Schulten. Y Maurice Legendre : « Quienes hacen mofa del africanismo español tan sólo demuestran su propia estupidez »².

Por otra parte, frente a esta riada de « africanizantes », no han faltado quienes atribuyeran a Oriente el papel decisivo en la formación de lo español, a través de dos elementos : el Islam y el Judaísmo.

España, africana. España, producto esencialmente de lo islámico-judío. España, ni Oriente, ni Europa.

Y sin embargo, si dejamos de lado las atrayentes abstracciones, y nos

¹ *Sobre la europeización*. Ensayos I. Ed. Aguilar, p. 890.

² Tomamos estas citas de Antonio Almagro. *Constantes de lo español en la historia y en el arte*, Madrid, 1955.

volvemos a la historia, y seguimos a través del tiempo las vicisitudes de ese ente cambiante, pero fiel a sí mismo, que es España, no podemos menos de pensar en Europa. Europa a pesar de todo, si se quiere, pero Europa al fin.

Si hacemos un paralelo entre España y Europa — y al hablar de Europa ya estamos seleccionando rasgos comunes y eliminando caracteres diferenciales, porque no hay identidad entre Italia e Inglaterra, por ejemplo, ni siquiera una acentuada semejanza — si hacemos un paralelo, decíamos, entre una y otra, nos sentiremos tentados a reubicar a la Península en su situación de *finisterrae* ... europea.

¿Africa u Oriente esta tierra profundamente cristiana, que habla una lengua latina, gobernada por bajo del rey por condes, merinos y « señores »? ¿Africa u Oriente, esta Castilla donde nace el municipio en el siglo x, al mismo tiempo por lo menos que en el resto de Europa? ¿Africa u Oriente esta cuna de las cortes, que más tarde conocerán otros países europeos? El desasosiego religioso que se volcó literariamente en sátiras y doctrinariamente en la heterodoxia de los alumbrados y la ortodoxia muy relativa de los erasmistas ¿no tuvo paralelo y precursor en Europa? El afán reformista que se hallaba en el fondo de ese desasosiego, el que originó sectas heréticas y órdenes católicas ¿no encontró en España su mejor campeón?

Sin duda, algunas voces despertaron en España un eco férvido; otras fueron escuchadas a regañadientes, algunas a penas fueron oídas; pero no otra cosa ocurrió en toda Europa.

No pretendemos llevar a cabo ese paralelo. Nos llevaría muy lejos. Y exigiría muchas, muchas páginas. Tampoco aspiramos a dictaminar sobre la esencia de lo español, tan indeterminado, a lo que parece, que puede proceder de los cuatro puntos cardinales y coincidir con cualquier grupo humano. Queremos sólo enfrentarnos a una personalidad cuya españolía ha sido también discutida y cuya cabal comprensión, de lograrse, podría tal vez facilitar la tarea de decidir qué y cómo es lo español.

Tiene vieja tradición el intento de relacionar a Séneca con su tierra española. « Grandes figuras de la erudición moderna, Mommsen, Menéndez Pelayo, Gastón Boissier han vinculado concretamente algunos aspectos de la personalidad de Séneca con las raíces hispanas de su estirpe »³.

En los últimos años, A. Castro ha negado esa hispanidad con cierto fastidio y en perfecto acuerdo con su teoría que atribuye a lo español

³ C. SÁNCHEZ-ALBORNOZ, *España, un enigma histórico*, p. 123.

partida de nacimiento en fecha bien determinada: 711. « Para quien conoce la literatura de Roma y la historia del pensamiento griego la pretensión de quienes hablan de senequismo español (Ganivet, Menéndez y Pelayo y tantos otros) es tan sorprendente como sería el intento de enlazar la poesía de Rubén Darío con las culturas indias... y no con las letras de España y de Francia »⁴.

Serían sin duda intentos extraños el de vincular la filosofía de Séneca con la filosofía y el pensamiento ibéricos prerromanos — cuyas obras en verdad conocemos poco —, o la poesía de Darío con la literatura y el pensamiento indio precolombinos. Casi tan extraños como amputar esa filosofía y esa poesía de los hombres — el hombre filósofo y el hombre poeta — que las crearon y convertirlas simplemente en el producto de una alquimia de influencias.

Lo señaló Sánchez-Albornoz, al tiempo que recogía noticias sobre rasgos temperamentales de Séneca más propios de un español que de un estoico, e indicaba, según su costumbre, posibles caminos para futuras investigaciones. « La inquisición de ese hispanismo temperamental de Séneca requiere un libro » — decía entonces. « Será preciso... registrar con celo extremo lo que diferencie a Séneca de los estoicos anteriores a él »⁵.

Esa ha sido la tarea inteligentemente realizada por García Borrón⁶. Porque, en efecto, Séneca es un hispano profundamente impregnado de cultura romana, y un filósofo estoico, es decir que profesa una doctrina filosófica común en el mundo romano. Muchas de sus ideas y conceptos serán pues los conceptos y las ideas del estoicismo de Roma; pero de tanto en tanto resaltan en la obra de Séneca pensamientos — y quizás sobre todo sentimientos — que no sólo no coinciden con la doctrina estoica sino que muchas veces la contradicen ¿Fruto de su temperamento personal? Tal vez. Pero es lo cierto que Séneca ha sido la figura predilecta del estoicismo español; que, a lo largo de los siglos, los españoles se han sentido próximos, no a cualquiera de los estoicos, sino a Séneca, con el que han presentado un parentesco espiritual. Ese « ser distinto » de Séneca lo han destacado muchas veces quienes han estudiado su obra, españoles o extranjeros, pero sin poder especificar en qué consistía la diferencia. Ultimamente, García Borrón Moral se ha propuesto

⁴ A. CASTRO, *España en su historia*, citado por S. A., *ob. cit.*, p. 123.

⁵ SÁNCHEZ-ALBORNOZ, *ob. cit.* p. 126.

⁶ J. GARCÍA BORRÓN MORAL, *Séneca y los estoicos. (Una contribución al estudio del senequismo)*, Barcelona, 1913.

entresacar de la obra de Séneca las ideas, opiniones, tendencias, o sentimientos divergentes del estoicismo, como primer paso para dilucidar qué es lo propio de Séneca y qué corresponde a la « Stoa » en el pensamiento senequista. Le seguimos con la esperanza de descubrir detrás del filósofo Séneca, del hombre Séneca, al español Séneca. Por ello lo que se encuentra en éstas y en aquellas páginas son sólo las manifestaciones de divergencia de Séneca frente al estoicismo. Ni en uno ni en otro caso se han recogido los pasajes de su obra que reflejan fielmente la doctrina estoica, puesto que no hacen al propósito perseguido.

En ese análisis tropezaremos más de una vez con nociones sorprendentes. Y sorprendentes por cuanto tienen de lo que tradicionalmente entendemos y sentimos como español. ¿No se ha considerado siempre característica del pueblo hispano la profunda preocupación por el tras-mundo, la peculiar escala de valores que dio prioridad a lo eterno ultraterrestre sobre lo transitorio terrestre? Séneca, representante de una escuela monista, que no acepta más que una realidad de naturaleza material, de materia viva, fluyente, pero corpórea; representante de un sistema según el cual cada parte del conjunto debe corromperse necesariamente para lograr una final reinmersión en el todo, Séneca alimenta la esperanza de la supervivencia personal del alma, es decir de la supervivencia de Séneca. « Le es grato creer en la inmortalidad, la gran esperanza a la que se entrega con facilidad. El alma a través de esta vida se prepara para otra mejor y más duradera »; « el mal llamado día de la muerte es el día del nacimiento eterno. Lo que muere es sólo una imagen del hombre; el hombre — *ipse quidem* — ha alcanzado un mundo mejor ». A esa ansia metafísica que le lleva incluso a insinuar un dios creador distinto de la cosa creada se une en Séneca un vivísimo sentido de la realidad, que se afirma en el menosprecio por las teorizaciones lógicas e incluso por el fundamento intelectualista en que basaba la Stoa su ética. Para Séneca la ética, base del hacer, es autónoma. No precisa buscar una fundamentación fuera de sí misma. Lejos de deducir la conducta concreta de un paradigma teórico, Séneca acude a la conducta de un hombre concreto como paradigma para deducir de ella la teoría. El hombre de carne y hueso tiene prioridad sobre lo puramente teórico. Y es que para él el hombre es el valor por excelencia. Cuando antepone los estudios divinos a los humanos, lo hace aún en función del hombre.

Del hombre libre, porque frente al estoicismo que proclama la necesidad de todas las cosas, en esa perfecta armonía de la naturaleza a la que el hombre debe adaptarse, contra todo razonamiento y ante la impo-

sibilidad de acordar libertad y necesidad, afirma la libertad, postergando la solución del problema que no puede resolver. Y ese hombre, que goza de libre albedrío, no persigue la virtud como medio para obtener, con la perfecta armonía con el orden del cosmos, la felicidad. El hombre libre de Séneca busca la virtud por la virtud misma: « Lo que importa al sabio no es la consecución del fin, sino hacerlo todo rectamente ». El medio se ha convertido en fin. Porque ese hombre que es el héroe de la obra senecquista adquiere su dimensión de tal gracias a su dignidad moral.

Ese « varón fuerte », ideal de Séneca, que « cuando cae continúa la lucha rodilla en tierra », no puede someterse dócilmente al señorío de la naturaleza. No es, como para Marco Aurelio, una pequeña porción de materia que hoy adopta la forma de un arbolito, mañana la de un caballito, luego la de un hombrecito. Es un ser libre, el primero entre lo creado, que se enfrenta a la naturaleza de igual a igual, que toma su conducta como criterio de virtud. « Se echó en cara a Catón la embriaguez. Quien así lo haga logrará más fácilmente convertir en honesto el delito que en vergonzoso a Catón ».

Juez de ese ser tan altamente valorado es la fama, que Séneca considera — una vez más frente a la Stoa — un « bien ». Honra y fama son apreciados, pero en cuanto efecto y no causa, de la valía del individuo. La jerarquía moral reside en el hombre mismo, y es independiente de la condición social, y aun jurídica, de éste: « Son esclavos-Antes bien, hombres ».

De ese agudo sentimiento de la dignidad de la persona humana, de esa vigorosa afirmación del yo, deriva la exigencia del más escrupuloso respeto. La hipersensibilidad de Séneca en ese terreno desemboca en un orgullo casi feroz. El beneficio que se concede sin respeto no tiene por qué ser agradecido, apenas puede ser perdonado: « Nada cuesta más caro que lo que se compra con ruegos ». Orgullo es también lo que le induce a mantener la grandeza del hombre aun más allá de la muerte: « *Si magnus vir cecidit magnus iacuit* »; o en la Medea: « Queda Medea ».

Esa hermosa figura del Hombre con mayúscula, concreto, libre, orgulloso, personal, no puede disolverse, anonadarse, en la comunidad, lo único que importa a la Stoa. Es siempre él, con sus gentes, sus amores, sus sentimientos, su patria. Otra vez Séneca senecquista, Séneca distinto. La patria no existe para el estoicismo. La única patria posible de la comunidad humana es el mundo todo; la patria particular es un accidente, sin relación con el logos. Pero el hombre de Séneca, el hombre Séneca, no podía sentirlo así, cualquiera fuera la explicación que el estoicismo diera al filósofo Séneca: « No hablo de esa filosofía que

desarraigó al ciudadano de su patria, sino de otra que enseña que es honesto morir por la patria»; «No les avergüenza pedir aves a los partos de quienes aún no nos hemos vengado».

Después de todo lo ya dicho, es previsible la actitud del senequismo frente a la *apatheia*, a la sumisión dócil al Logos, a la razón universal. «Nada de lo que es natural es malo», proclamaba la Stoa. «Cuando abrases a tu hijo o a tu mujer, dite que lo que abrazas es un ser humano; y entonces su muerte no te turbará». Pero por Séneca esa doctrina no podía ser considerada como propia: «Te escribo yo, que tan inmoderadamente lloré a mi queridísimo Anneo Sereno»; «El no sentir la personal desgracia es impropio del hombre». A la *apatheia* de los estóicos Séneca opone el señorío de sí mismo y sobre el dolor, que concuerda a maravilla con su ideal viril, con su visión de la vida como una lucha permanente, en la que el que cae debe continuar su combate, rodilla en tierra: «He aquí a un digno émulo de Dios, un varón fuerte resistiendo a su Fortuna»: Esa lucha contra la naturaleza hostil, que dura mientras dura la vida, informa el patetismo de Séneca y se traduce en sus tragedias — de cuyo realismo se ha dicho que es «desmesurado» — y en su obra toda. Pero el sentimiento trágico de la vida, en Séneca, es sobre todo el sentimiento trágico de la muerte. Tampoco en este caso funciona la *apatheia*. Séneca no puede permanecer indiferente ante la muerte. La siente como una presencia constante: «*Cotidie morimur*»; «Me persigue la muerte y me escapa la vida»; «La misma infancia y la juventud y toda edad lleva a ella». «Toda aquella porción de vida que nos hayamos dejado atrás, está ya en poder de la muerte».

Otro español dijo: «Ya desde entonces — desde la niñez — nada se me aparecía tan horrible como la nada misma». «No quiero morir; no, no quiero, ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí y por esto me tortura el problema de la duración de mi alma, de la mía propia»⁷. «Y vienen queriendo engañarnos con un engañoso engaño, y nos hablan de que nada se pierde, de que todo se transforma, muda y cambia, que ni se aniquila el menor cachito de materia, ni se desvanece del todo el menor golpecito de fuerza, y hay quien pretende darnos consuelo con esto. ¡Pobre consuelo!... ¡no nos sirven engañosas de monismo: queremos bulto y no sombra de inmortalidad!»⁸.

Y a siglos del «*cotidie morimur*» de Séneca; del «me persigue la

⁷ UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*. Ensayos. Ed. Aguilar, II, p. 753.

⁸ *Id.*, p. 755.

muerte y me escapa la vida », ese mismo español escribía : « Este pensamiento de que me tengo que morir ... es el latir mismo de mi conciencia ». « Contemplando el sereno campo verde, o contemplando unos ojos claros, a que se asoma un alma hermana de la mía, se me hinche la conciencia, siento la diástole del alma y me empapo en vida ambiente y creo en mi porvenir ; pero al punto la voz del misterio me susurra : « ¡ Dejarás de ser ! » (y) me roza con el ala el Angel de la muerte ... »⁹.

Y ese Unamuno, cuyo sentir coincide tan bien con las heterodoxias de Séneca, reconocía al filósofo romano como uno de los suyos : « Es lo que expresó Séneca, el español, en su consolación a Marcia (XXVI) ; es lo que quería volver a vivir esta vida : *ista moliri* »¹⁰.

Repasemos lo que encontramos en Séneca : preocupación por el más allá, anhelo de supervivencia individual, apasionada devoción por la persona humana y su dignidad moral, amor a la patria, orgullo exagerado, vehemencia, estima de fama y honra, ideal viril y agónico, inclinación a lo concreto frente a lo teórico, sentimiento trágico de la vida — o de la muerte. He aquí los puntos en que Séneca difiere de la doctrina estoica. ¿ Puede pensarse que esos elementos diferenciales tan profundamente arraigados que afloran ocasionalmente por entre la teoría filosófica racionalmente aceptada se deben al españolismo de Séneca ? ¿ Hemos encontrado al español tras el filósofo ?

No nos corresponde a nosotros dar la respuesta. Pero cualquiera que ella sea, debemos agradecer a García Borrón Moral el haberla facilitado.

MARÍA DEL CARMEN CARLÉ.

⁹ *Id.*, p. 749.

¹⁰ *Id.*, p. 917.